

COMO SI MASTICARAS PIEDRAS

Sobreviviendo al pasado en Bosnia

W. L. Tochman





PRIMERA EDICIÓN: abril de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *Jakbyś kamień jadła*

© W. L. Tochman, 2002

© Libros del K.O. S.L.L., 2015

Traducción © Katarzyna Olszewska Sonnenberg, 2015

ISBN: 978-84-16001-38-5

DEPÓSITO LEGAL: M-10182-2015

CÓDIGO BIC: DNJ

ILUSTRADORA DE PORTADA: *Eva Vázquez*

DISEÑO DE CUBIERTA Y ARTES FINALES: *Artur Galocha*

MAQUETACIÓN Y CORRECCIÓN: *Tamara Torres*

IMPRESIÓN: *Kadmos*

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La tipografía de portada es *League Gothic*. Las del interior son *League Gothic* y *Baskerville*.

«Cuando contemplas una desgracia tan terrible, sientes con una fuerza abrumadora que eres, ante todo, un ser humano, y que tu nacionalidad es secundaria. La condición humana nos une en la desgracia, en nuestra forma de experimentarla. Estaría bien que la gente lo entendiera».

Tadeusz Mazowiecki
Representante Especial de las Naciones Unidas para la
antigua Yugoslavia (1992-1995)

ÍNDICE

LA HELADA	9
PRENDAS	11
CROMOSOMAS	23
LA VIUDA	55
SUBURBIOS	61
ROCAS	71
LAS MONTAÑAS DE HERZEGOVINA	75
EL MONUMENTO	103
EL REGRESO	107
EWA EN CASA DE MEJRA	125
TIERRA	153



LA HELADA

Era el último día del año en el que empezó la guerra (1992). Llevábamos ayuda para la ciudad sitiada. Habíamos entrado en Bosnia por el sur. Antes de que oscureciera pudimos ver aldeas en las que ya no vivía nadie. Casas y templos estaban arrasados. ¿Qué habían hecho con la gente?

Atravesamos Mostar sin verla. La ciudad era como un bosque: algo centelleaba detrás de una ventana oscura pero no sabíamos qué era. Daba miedo detenerse, daba miedo adentrarse en ese bosque.

Antes de llegar a Sarajevo, nos detuvieron unos soldados serbios. Estaban borrachos. Unas veces se reían; otras, nos gritaban. Así, durante toda la noche, hasta el amanecer. Por la mañana nos quitaron una parte del cargamento y nos dejaron entrar en la ciudad. Estaba helando.

En la ciudad, entre casas y edificios agujerados, vimos gente asustada y espantada. También nosotros teníamos miedo, porque no paraban de disparar. Dragan L., hijo de una croata y de un serbo-bosnio que decidieron quedarse en la ciudad sitiada, se encargó de nosotros. Fue un guía

excelente y nos cuidó muy bien. Nos dijo que cuando pasara todo, si lograba sobrevivir, se largaría a cualquier otro lugar del mundo, porque allí ya no se podría vivir. ¿Dónde estará ahora?

En el hospital hablamos con gente que había perdido manos, piernas, ojos. Sylwia, cuyo apellido no apuntamos, trabajaba allí de anestesista. «Necesitamos antibióticos, vendas, camas, muletas, prótesis, sillas de ruedas y ataúdes», decía.

En las calles vimos periodistas: reporteros, fotógrafos, cámaras. Había también escritores y directores de cine. Algunos iban en grupo, otros por su cuenta, hablando en idiomas diferentes. Vimos muchos más un año después (en febrero de 1994), cuando llegaron en tropel a la plaza de Markale, donde en un segundo una granada masacró a decenas de personas¹.

La guerra de Bosnia ha generado miles de teletipos, reportajes, exposiciones, libros, álbumes fotográficos, documentales y películas. Pero cuando terminó (o se suspendió, según algunos), los reporteros guardaron sus cámaras y se marcharon rápidamente a cubrir otras guerras.

¹ El 5 de febrero de 1994 las fuerzas serbo-bosnias que cercaban Sarajevo mataron a sesenta y ocho personas e hirieron a ciento cuarenta y cuatro en el mercado de Markale. Un segundo ataque se produjo el 28 de agosto de 1995: murieron cuarenta y tres personas y setenta y cinco resultaron heridas. En represalia, la OTAN lanzó la campaña aérea más dura de las hasta entonces emprendidas contra las posiciones serbo-bosnias. Estos ataques obligaron a los serbo-bosnios a sentarse a negociar los acuerdos de Dayton (N. del E.).

PRENDAS

El teatro del centro cultural del pueblo abre una vez a la semana, los jueves. Cualquiera puede entrar y echar un vistazo, así que viene gente de los alrededores y también de más lejos. Creen que en este lugar se resolverá la cuestión que les ocupa. En el teatro hay escenario, pero falta el patio de butacas. Han colocado un montón de prendas sobre el suelo de terracota. Previamente las habían clasificado: esto lo encontraron con el primer hombre, eso con el septuagésimo. Las habían lavado para restaurar su color y las habían tendido de una cuerda. Las prendas de colores yacen ahora muy juntas unas de otras, pero sin mezclarse. Rara vez hay un vestido completo. Por ejemplo, justo en la entrada hay una camiseta de punto de rayas blancas y azules. Seguramente la llevaba un hombre fornido. Sin embargo, la camiseta que lleva escrito «Montana» era de un tipo delgado. Un poco más allá, unos pantalones de pana que fueron blancos y hoy son amarillos. ¿Quién los llevaría? Debajo de la ventana, una única pernera de unos vaqueros. ¿De quién? Un poco más adelante, un solitario cinturón de cuero, un solitario calzoncillo, una solitaria

zapatilla deportiva, un solitario calcetín negro. Junto a cada prenda (más bien, cada jirón) está la bolsa de papel vacía de donde la sacaron. Y una hoja de papel con un gran número impreso.

También hay letras:

B: significa que esa prenda corresponde a un conjunto de huesos, a un cráneo y a unos dientes. Hay un cuerpo entero (*Body*²).

BP: no existe un conjunto completo de huesos, solo algunos aislados. Partes del cuerpo (*Body Parts*).

A: solo hay prendas y, como mucho, algunos objetos (*Artifacts*). Ningún hueso.

Todo esto lo desenterraron en otoño de 1999 en la cercana Kevljani (por eso, delante de cada número figuran las letras KV). La fosa común era alargada y se extendía varias decenas de metros a lo largo de la carretera (habían ahondado la cuneta y después la habían cubierto de tierra). Kevljani se encuentra cerca de la localidad de Omarska, donde se instaló, en 1992, un campo de concentración en una mina de mena para los musulmanes. El campo se cerró ese mismo año. Casi todos los prisioneros eran hombres, aunque también había algunas mujeres, que, en su mayoría, sobrevivieron.

Los parientes de un desaparecido que pudo haber estado en Omarska hace ocho años aparecen en el teatro. Entran, se tapan la nariz. No tienen opción, no pueden

² En inglés, en el original (N. del T.).

darse por vencidos. Han venido aquí para mirar, para encontrar y enterrar a su familiar. Creen que solo entonces se sentirán aliviados, en paz.

Dan una vuelta. Entre una prenda y otra hay un estrecho sendero. Caminan como funámbulos para no tocar nada con el zapato. Se inclinan sobre algo. Nadie lo ve claro; suelen seguir adelante, pararse, proseguir. Así durante media hora, una hora, tres horas, depende de la persona.

Las ratas corretean por la sala.

Un joven matrimonio con una niña de siete años en brazos buscan al abuelo de la niña. Llevan un buen rato junto a la prenda KV 22 B.

Una señora de pelo canoso que lleva un traje azul marino se inclina sobre unos harapos. Lleva toda la mañana junto a la misma prenda. Coloca los jirones como si quisiera que quedaran presentables. Estira de nuevo el pantalón oscuro, la camisa clara y algo que era un jersey burdeos. Los acaricia como se acaricia a una persona.

La llaman Mamá Mejra.

Body bags

La pareja joven con la niña de siete años, que lleva un buen rato contemplando la prenda KV 22 B cerca del escenario, llama a la persona que se encarga de la identificación. Se les acerca una mujer canosa y enérgica que lleva vaqueros. Se llama Ewa Elwira Klonowski.

La doctora Ewa Klonowski, nacida en 1946, antropóloga de formación y miembro de la Academia Americana de Medicina Forense (American Academy of Forensic Sciences), casada con hijos, emigró a causa de la ley marcial³; vivía en Breslavia y ahora tiene su residencia permanente en Reikiavik (Islandia). Fue allí donde se especializó en pruebas de paternidad, porque no podía trabajar en el ramo que más le apasiona: los huesos.

—Amo los huesos, los huesos me hablan. Miro los huesos y sé qué enfermedades padecía la persona, cómo andaba, cómo le gustaba sentarse. Los huesos me dicen de qué nacionalidad era. El fémur de un musulmán está ligeramente doblado en forma de arco porque se sienta en cuclillas. A un japonés le pasa lo mismo porque se arrodilla con frecuencia.

La Historia le ha dado a la doctora Klonowski la oportunidad de tener un trabajo apasionante en Bosnia y Herzegovina. La guerra y su final han traído consigo campos de concentración, ejecuciones, fosas, exhumaciones y muchas identificaciones.

La doctora Klonowski se vacunó contra el tétanos y la hepatitis e hizo las maletas. Su marido y sus dos hijas adolescentes la acompañaron al aeropuerto.

Trabaja en Bosnia desde 1996, primero para el Tribunal Internacional de La Haya (los jueces quieren saber quién cometió la matanza, cómo y a cuántas personas se

³ Entre el 13 de diciembre de 1981 y el 22 de julio de 1983 rigió en Polonia la ley marcial (N. del T.).

mató; no necesitan saber los apellidos de las víctimas). Ahora, con financiación de los gobiernos de Islandia y de Estados Unidos, trabaja para el Comité Bosnio de Desaparecidos (para ellos, la identificación de las víctimas es lo prioritario). La doctora Klonowski ha desenterrado dos mil cuerpos. Los ha pescado en un pozo, los ha sacado de una cueva o de una montaña de basura, incluso los ha encontrado bajo una pila de huesos de cerdo.

La doctora Klonowski está comprobando algo en unos papeles, se pone unos guantes de látex, sube al escenario donde espera la pareja joven con su hija en brazos. La doctora Klonowski camina (con cuidado para no pisar nada) entre pequeñas bolsas de plástico herméticamente cerradas. Busca la KV 22 B.

Ya tiene el saquito correspondiente, lo abre. Saca la mandíbula superior, y la inferior, que tiene solo algunos dientes, y también unos cuantos dientes sueltos. Los coloca dentro de las correspondientes cavidades dentales, ensambla con presteza la mandíbula entera. Se acerca al borde del escenario y lo muestra a la familia.

—¿Podría ser su padre?

La mujer joven lo contempla con atención, mira al marido como si este fuera a darle algún consejo. Su hija sigue tapándose la nariz.

—Sí, podría ser mi padre —la mujer responde con bastante calma.

—Ok —la doctora Klonowski mete la mandíbula en la bolsa y la deja en su sitio—. ¿Continuamos por allí?

«Por allí» significa el otro extremo del pueblo (el pueblo se llama Lusči Palanka). Los restos están en un barracón de hormigón que en otro tiempo era un comedor para obreros.

Hace unos meses colocaron unas mesas grandes delante del barracón y trajeron una manguera de la granja más cercana. Hombres, mujeres y niños se arremolinaron en torno a las mesas. Observaban a la doctora Klonowski separando los huesos, determinando su sexo y su edad, y colocándolos en las *body bags*.

Ahora las *body bags* yacen en el suelo, en un barracón oscuro, esperando a que alguien identifique los restos. Son bolsas de plástico blancas con cremallera, similares a las fundas de traje, solo que de dos metros de largo.

Buscamos la *body bag* KV 22 B. Aquí está, en un rincón de la pared, bajo otras bolsas. La doctora Klonowski aparta las de encima y saca la bolsa correspondiente. Abre la cremallera. La niña mira, nadie se inmuta. La doctora Klonowski ya no se extraña. Se extrañaba cuando empezó a trabajar en Bosnia hace cuatro años.

—¿Por qué traéis aquí a los niños? —solía preguntarles.

—Para que puedan recordarlo —todos le respondían lo mismo.

—¿Su padre tenía problemas de cadera? —la doctora sujeta una parte de la articulación de cadera en la mano derecha; la otra, en la izquierda.

—Sí, tenía algunos problemas —contesta la mujer—. Lo operaron.

—¿Andaba de este modo? —la doctora imita a un pato.

—No exactamente.

—Esta cadera es de alguien que andaba como un pato. Tiene que encontrar el hospital donde operaron a su padre. Quizá tengan su historial.

—Vale. Volveré el próximo jueves.

—Ese día le sacaremos sangre. Contrastaremos su ADN con el de estos huesos. Nos aseguraremos al cien por cien.

La doctora Klonowski se va a tomar un descanso. Volvemos al centro cultural.

La mujer canosa, la del traje azul marino que vimos aquí antes, abandona por un momento su ropa querida. En la habitación de al lado nos prepara café.

—Soy la Mamá Mejra —se presenta así—. Vengo aquí todos los jueves. Echo una mano a la doctora Klonowski, consuelo a las familias.

El baño

Mejra Dautović, de cincuenta y ocho años, vivía en Prijedor. Aquella primavera (1992), los serbios utilizaron a jóvenes musulmanes como escudos humanos para protegerse de las Fuerzas de Defensa Territorial⁴. Las banderas serbias ondeaban en los edificios oficiales y en las estaciones. A los musulmanes se les ordenó colgar en sus ventanas sábanas blancas y colocarse brazaletes blancos. Los francotiradores se apostaron en los bloques de viviendas.

⁴El primer ejército bosnio musulmán, creado al comienzo de la guerra (N. del E.).

Hoy Prijedor está en la República Sprska⁵. Allí no hay sitio para Mamá Mejra. Ahora vive con su marido en Borski Petrovac, en una casa serbia que no es la suya.

Seguimos a Meijra por los estrechos senderos, entre la ropa hecha jirones. Nos detenemos ante las prendas de antes: el pantalón oscuro, la camisa clara y algo que era un jersey burdeos. La madre se inclina, retoca la pernera. Se incorpora y evalúa si el conjunto está presentable.

—Este es Edvin —dice como si nos estuviera presentando a alguien—. Mi hijo. Coincide el sexo, la edad, la altura, los dientes. Pero la doctora Klonowski no está segura del todo. Todavía tienen que hacernos las dichas pruebas de ADN. Tenía a Edvin —Mejra se inclina otra vez y de nuevo coloca la pernera—. Y tenía a Edna. Sé todo lo que le pasó a mi Edna. Quién la mató, quién la violó. Pero no sé adónde iba aquel autobús que salió de Omarska. ¿Adónde se la llevaron? Su ropa no aparece por ninguna parte, ni siquiera un zapato, nada.

Desde hace un par de años Mamá Mejra recorre los alrededores y pega en los muros las fotos de sus hijos. Hasta ha escrito un libro sobre ellos. Anhela cualquier información que le conduzca a la verdad. Quiere saber tres cosas: ¿cómo murieron sus hijos?, ¿quién los mató? y ¿dónde están sus huesos?

Cuando Madre Mejra llora (lo hace a diario) se esconde de su marido para ahorrarle más sufrimientos. Uzeir está

⁵ Autoproclamada entidad política serbo-bosnia dentro de Bosnia y Herzegovina. Los acuerdos de Dayton sancionaron legalmente su entidad jurídica (N. del E.).

enfermo, después de lo que ocurrió tuvo dos derrames cerebrales y se pasa todo el día callado. A veces se levanta de pronto y se golpea la cabeza con los puños. Se cae, y tumbado de espaldas, se tapa con las manos su rostro crispado. Se agita como si quisiera evitar la patada de un torturador invisible, y recibe un golpe fuerte en el estómago, en el pecho, en la cabeza, y se tapa el rostro de nuevo. Probablemente también hay otro torturador invisible que le da patadas en la espalda y en el culo. Uzeir da un salto y se vuelve a caer, se dobla como una ese gigante. Gime, se calla y se pone de pie. Mira con desdén algo que yace bajo sus botas. Ya no es el padre asustado que se presentó en la comisaría serbia para preguntar por el destino de su hija. Ahora Uzeir ha vencido a su víctima invisible. Grita algo ininteligible. Da patadas satisfecho. Actúa con brutalidad y no para de dar patadas, cada vez con más fuerza.

—Tranquilízate —le dice Mejra a su marido.

Cuando estalló la guerra, en 1992, su hijo Edvin tenía veintisiete años. Se graduó en la escuela de ingeniería eléctrica. Sabía inglés y alemán. Practicaba karate, era cinturón negro. Aquella primavera se alistó en la fuerza de Defensa Territorial Musulmana, y fue uno de los cien soldados que intentaron liberar Prijedor a finales de mayo. Herido en la acción, murió al día siguiente. Es lo que relatan los testigos.

Pero existe también otra versión de la muerte de Edvin. Otros testigos lo vieron en Omarska. Vieron cómo lo torturaron delante de su hermana. Vieron cómo arrojaron

su cadáver a un camión amarillo el 16 de junio. No saben adónde fue el camión. Mamá Mejra cree que se dirigió a Kevljani, a la cuneta convertida en fosa. Al fin y al cabo, allí está su ropa; la altura, el sexo, la edad, los dientes, todo coincide.

Edna, la hermana de Edvin, tenía veintitrés años. Alegre, viva, directa, trabajaba en la ferretería que montó su padre en la planta baja de su casa. Estudiaba pedagogía a distancia en Tuzla. Antes quiso ser modelo. «Tenía la figura de una Barbie», escribe Mamá Mejra en su libro. Con el dinero que ganara planeaba comprar un caballo y una casa en un claro en la montaña. Le gustaba hacer senderismo. Hacía yudo, karate, y era buena tiradora. Así que cuando estalló la guerra, enseguida siguió los pasos de su hermano.

A finales de mayo participó en la acción para liberar Prijedor. Llevaba suministros, medicamentos y vendas para los soldados de la retaguardia. Consiguió evacuar a unos cuantos heridos. Después de los combates volvió a casa de sus padres. Aterrada, se escondió con ellos en un cobertizo; se quedaron allí, al lado de su casa, durante un par de días.

«Me pidió —escribe Mejra— que le calentara agua para el baño. Los musulmanes no teníamos electricidad, así que encendí la estufa. Alá, el bondadoso, quería que bañara a mi hija por última vez». Llegaron dos milicianos y se llevaron a Edna. Quería coger el jersey para el camino, pero le dijeron que no le iba a hacer falta. Uzeir se fue

corriendo al cuartel de la milicia para preguntar por su hija. Lo golpearon, lo patearon.

Oyó que se la iban a llevar a Omarska.

Mamá Mejra llamó a Nebojša B.

Lo conocía muy bien.

Tiempo atrás Nebojša salía con Edna; en aquel momento era inspector jefe en Omarska.

No se puso al teléfono cuando le dijeron quién llamaba.

Según el relato de las mujeres que sobrevivieron, fue Nebojša B. quien más veces interrogó a Edna.

Cada vez que la interrogaba la dejaba medio muerta.

Ahora Nebojša B. vive en Prijedor y trabaja en la policía.

El autobús

Edna estaba encerrada junto con otras mujeres en el desván de un barracón bajo el cual había una sala de interrogatorios. Debajo del desván había una sala de interrogatorios. Durante varios días y noches las mujeres oyeron cómo torturaban a los hombres en la sala de abajo.

Mamá Mejra vivía aún en Prijedor. Se fue a ver a una amiga que vivía dos calles más abajo. Estaba dispuesta a darle todo lo que tenía a cambio de ayuda.

—Eres serbia —decía Mejra—. Haz algo para que mi Edna vuelva a casa.

Su amiga tenía sus propios problemas. Slavko, su marido, llevaba tres días sin volver a casa. Fue a Kerater y desapareció. Se suponía que iba a volver enseguida. Hoy

Mejra sabe lo que le pasó: en Kerater también había un campo de prisioneros. Aquellos días mataron allí a doscientas cincuenta personas.

Matar, limpiar la sangre de las paredes, enterrar, todo eso exige tiempo.

Por eso Slavko estuvo tanto tiempo fuera. Volvió a Prijedor al cabo de cuatro días.

Llamó a Mejra.

—De vuelta a casa, me pasé por Omarska —dijo—. Vi a Edna. No quería levantar la cabeza, ni saludar. Estaba asustada como un cervatillo. No tenía buen aspecto. Pedí que la liberaran. No hubo manera. Habían condenado a Edna por participar en una acción contra nuestro ejército.

Mamá Mejra sabe ahora que, tres días más tarde, hubo un anuncio en el campo de prisioneros: varias decenas de personas entrarían en un intercambio con los musulmanes. Escogieron a Edna, a alguna mujer más y a bastantes hombres. Los otros prisioneros sintieron envidia porque pronto estarían con los suyos.

Una amiga ayudó a Edna a subirse al autobús (que tenía un letrero en el salpicadero que decía «Transporte escolar»).

Nunca nadie volvió a ver el autobús.